MODELO

DE

ESPOSAS

Juguete-cómico en un acto arreglado á la escena española.

Por D. Joaquin Garcia Parreño.

N.º 14.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

Imprenta Hispa te, 16 (nuevo).

LIBRERIA
de la Viuda é hijos de
MAYOL.
Calle de Fernando. N.º 29.
BARCELONA.

MODELO DE ESPOSAS.

Juguete cómico en un acto arreglado á la escena española

Por D. Joaquin García Parreño.

A la primera actriz doña Matilde Duclós, su buen amigo,

GARCIA PARREÑO.

PERSONAJES.

MATILDE.	D.ª Matilde Duclós.	CABALLERO 1.º	D. F. Fochs.
UNA CAMARERA.	D.ª Cármen Liron.	Id. 2.º	D. Francisco Luque.
EDUARDO.	D. Joaquin García Parreño.	Id. 3.º	D. Antonio Guillen.
CÁRLOS.	D. Manuel García Muñoz.		

Gabinete lujosamente amueblado, puerta al foro izquierda que conduce al interior, á la izquierda chimenea en primer término, y balcon en segundo; á la derecha en primer término puerta que conduce al cuarto de Eduardo, en segundo puerta de entrada esterior, un velador en el centro de la escena con jarron y ramillete encima de él, mesa de juego al fondo en la que están jugando cuatro caballeros, confidente al fondo y delante mesa de ante-sofá, dos butacas en término avanzado, candelabros encendidos. Cárlos, y Matilde, esta sentada en una butaca; visten traje de sociedad.

ESCENA I.

Matilde y Carlos.

MATIL. Con que definitivamente mañana sale usted para Cádiz?

CAR. Mañana á las diez, ó por mejor decir hoy, porque ya han dado las doce. (*mirando el relóx.*) Dentro de algunas horas estaré lejos de Madrid, y dentro de algunos dias me despediré de España para mucho tiempo.

MAT. Y se embarca usted en la fragata Córtes?

CAR. Si señora, vamos destinados á reforzar la estacion de la Habana.

MAT. Parece que siente usted mucho esta marcha; como si este nuevo viaje que va usted á emprender no fuese el paseo mas agradable del mundo. Es ya la tercera vez que usted le hace á pesar de ser tan jóven; ya ha visitado usted la América, la India y la China de donde me trajo mil preciosidades. Envidio la suerte de los marinos; ¡qué hermoso es el viajar!

CAR. No ha salido usted nunca de España?

MAT. El verano pasado estuve con Eduardo en Paris.

CAR. Si hiciera usted un viaje por la Italia, admiraria usted lo poètico de aquel pais; al pasar su frontera parece que el aire que murmura en torno nuestro deja percibir todavía los tristes ecos de la romanza de Maria Stuard.

MAT. Esta cancion se tiene por apócrifa: pero le veo á usted triste y pensativo, el baile va á concluir y yo tengo que presentarme en el salon, porque debo indispensablemente hacer los honores á los convidados.

CAR. ¿Tan pronto?

MAT. (*Con coquetería y amabilidad.*) En verdad que abusa usted del derecho que le concede su despedida; le he visto sombrío é inquieto, vagando po el salon; me he compadecido de usted y le he con cedido una audiencia de amistad, audiencia que ha durado mas de un cuarto de hora. ¿Todavía no está usted satisfecho? América no es positivamente el otro mundo del que ya no se vuelve.

CAR. No es lo largo del viaje lo que atormenta, es el

721136

pesar que lleva uno consigo por el recuerdo de lo que deja en pos de sí.

MAT. Aforismo sentimental....

CAR. Que usted se obstina en no querer comprender. La felicidad mayor de la vida cuando el ímpetu de una pasion....

MAT. (*Señalando la mesa donde están jugando.*) Cuidado; la ligereza de ese lenguaje podria ahuyentar á esa reunion de jugadores, un magistrado, un agente de bolsa, y dos comerciantes retirados, personajes todos que por su clase y posicion no compadecen las debilidades del corazon. ¿Se ha despedido usted ya de Eduardo?

CAR. Todavía no.

MAT. Dentro de poco se ausentará para ir á su acostumbrada reunion. Así pues acepto su brazo de V. hasta el salon....

(Cárlos le dá el brazo y salen por el foro.)

ESCENA II.

PRIMER JUGADOR. Soy el invencible, señores.

SEGUNDO. La suerte se ha declarado por usted.... Es ya muy tarde; daremos una vuelta por el salon antes de retirarnos.

PRIMERO. El baile es magnífico, y el gusto de la señora de la casa estremado.

TERCERO. He perdido tres mil reales.

PRIMERO (*al tercero.*) Si á la salida se digna usted aceptar mi carruaje?....

TERCERO. Al menos en compensacion admito la oferta. (*Se dirigen al salon.*)

(Se oye la orquesta, algunos convidados empiezan á retirarse, un momento de pausa.)

ESCENA III.

Cárlos entrando.

CAR. Si me habré engañado?.... Me ha parecido que su mano temblaba al tocar la mia, su voz estaba conmovida.... ¡Tristes ilusiones!.... mi mano era la que temblaba, era en mi pecho y no en el suyo donde existia la emocion. No, no me ama... aquella fria despedida.... ni una palabra consoladora para calmar el dolor que veia impreso en mi semblante, y que le revelaba mi silencio.... léjos de mí el recuerdo de este amor.... pero no se qué secreto impulso me arrastra á estos sitios en que ella habita, á respirar en esta admósfera impregnada por su hálito.....! Y podré partir así?....

(Atraviesan por el foro los últimos convidados, y algunos criados con candelabros.

Va á volver, el baile ha concluido, es preciso que yo la hable por última vez, si; oiga de mi boca que al separarme de ella, llevo grabada en mi corazon su encantadora imágen. Tal vez me rechaze, tal vez no quiera escucharme, pero prefiero arrostrar su cólera á la fria indiferencia que hasta ahora me ha manifestado.... Todo lo arriesgaré... ella viene.... ¿dónde me ocultaré?.... aquí....

(Se oculta detrás del cortinaje del balcon.)

(Durante el monólogo anterior se han visto pasar los convidados como retirándose del salon.)

ESCENA IV.

Cárlos oculto, Matilde entra acompañada de la camarera.

MAT. Enciende la chimenea, y cuando hayas concluido irás á ver antes de acostarte si están bien apagadas las luces del salon.

CAM. Muy bien señora.

(Matilde entra por la puerta izquierda; la camarera enciende un fósforo y con él la chimenea.)

(Durante el monólogo se ocupará en encender la chimenea.)

ESCENA V.

La Camarera

CAM. Maldigo mil veces estas fiestas; esto de hacer de la noche dia y del dia noche, es cosa que me hace muy poca gracia: ellos, es claro, no se levantan hasta las tres de la tarde, y poco les importa trasnochar, pero una.... ay que vida!.... Quién le habia de decir á mi padre, todo un sargento de carabineros que su hija tendría que ser camarera!.. ¡Ay tengo unos deseos de que á mi Juan le den la licencia, para poner mi casita; porque con los conocimientos que he adquirido en esta casa me podrá ir muy bien. Tengo algunos ahorrillos y don Epifanio el administrador, me ha prometido que le haria dar á mi Juan un estanquillo; allí podremos vender fósforos de yesca, obleas, tinta para escribir, cigarros de contrabando, y poco á poco ir haciendo la pacotilla para cuando una sea vieja. Cómo ha de ser....

ESCENA VI.

(Matilde que ha cambiado su traje por la bata.)

MAT. Está todo corriente?

CAM. Si señora.

MAT. Y Eduardo?

CAM. El señor salió un momento antes de acabarse el baile.

MAT. Está bien. ¿Están cerradas todas las puertas?

CAM. Todas. La señora no tiene otra cosa que mandarme?

MAT. No, puedes retirarte. (*Vase la camarera.*)

ESCENA VII.

Carlos oculto; Matilde se sienta junto á la chimenea.

MAT. Heme ya sola y libre por algunas horas... qué fastidio!.... Las dos.... El pobre Cárlos estaba triste esta noche.... y en verdad que yo le he tratado con demasiada frialdad, tal vez me ha creido indiferente á su partida... pero... ¿qué podia decirle?.. Una vez léjos de aquí.... se borrará de su imaginacion la triste idea que le ocupa, es un jóven honrado, un buen amigo de mi esposo, y sea cual

quiera la distancia que nos separe siempre conservaré de él un buen recuerdo de amistad.

(Un pequeño ruido en el balcon le obliga á volver la cabeza.)

Ah!... Como!... usted aquí? (*con sorpresa.*)

ESCENA VIII.

Carlos, Matilde.

(Pausa mientras se repone de su sorpresa.)

CAR. Señora....

MAT. Adelante, caballero, adelante, es usted admirable para las sorpresas, y en verdad que yo no conocia este nuevo rasgo de su talento.

CAR. Matilde, ruego á usted que se tranquilice.

MAT. (*Tranquilizándose, con ironía.*) Y en verdad no tengo motivo para alarmarme; entrar de noche en el gabinete de una señora, ocultarse detrás de su cortina, esperar para presentarse el momento de estar cerradas las puertas, que los criados estén durmiendo, que ella esté sola, no hay hasta aquí razon para alarmarse. Y bien caballero, ya ve usted que su plan ha salido bien; se ha introducido usted en este gabinete con toda la astucia y sangre fria de un hombre acostumbrado á esas nocturnas espediciones, y yo debo felicitarle por el buen resultado de la presente. En fin, aquí estoy sola como sin duda usted deseaba encontrarme. ¿Qué quiere usted?.... (*con dignidad.*)

CAR. No, Matilde, yo no merezco su desprecio de usted: un secreto impulso, un vértigo que me domina me ha conducido aquí, esta es la verdad, yo queria ver á usted por la última vez... el amor...

MAT. (*Con dignidad y fuerza.*) D. Cárlos, que esa palabra no vuelva á salir de sus labios de usted.

CAR. (*Con mucha turbacion*) Será... Solo me resta entonces, pedir á usted perdon de mi atrevimiento: este paso no ha sido una empresa premeditada, y en la turbacion que me agita me seria imposible á mi mismo pedirme cuenta de los motivos que me han obligado á darle. Yo ruego á usted crea que aunque las apariencias me condenan, siempre ha sido usted para mí la muger mas digna «entre todas» de mi respeto. Tiene usted bastante talento y grandeza de alma para comprender á donde conduce una locura de amor á los veinte años. Ni una sola palabra tengo que añadir, y parto.

MAT. (*Con sangre fria.*) Partir.... y.... por donde? ¡Ah, usted no conoce todavía todas las consecuencias de su imprudencia. Las puertas están cerradas y todos duermen en la casa. Despertar á los criados para que le vean á usted salir de mi cuarto y enmedio de la noche, despues que todos los convidados se han retirado, solo seria promover un escándalo, dando lugar á suposiciones y conjeturas que siempre irian derechas á herir mi nunca desmentida y pura reputacion (*con ironía.*)

CAR. (*Cortado y casi sin poder hablar*) ¡Ah señora!

MAT. Hay mas, mi esposo ha salido antes de concluirse el baile para ir á pasar la noche en su acostumbrada reunion; puede volver de un momento á otro; ¿qué hacer en ese caso? La posicion de ustedes dos exigiria entonces la conocida solucion de dar ó recibir una estocada, así quedaba bien puesto el honor de entrambos... pero... y el mio?.. el mio?... He aquí caballero el resultado de su audacia y de su imprudencia al esconderse detrás de esa cortina.

CAR. Todo lo veo; y daria mi vida por salvar esta situacion.

MAT. (*Con frialdad.*) Enhorabuena; ya que ha tenido usted valor para llevar adelante sus ideas, esperemos, coja usted un sillon, pasaremos la noche en la actitud de dos centinelas avanzados que esperan con ansia el grito de alerta.

CAR. Ah! esa tranquilidad no es positiva.

MAT. El mundo le llamaria á esto poca aprension, pero usted no es mi amante, y aun cuando en la situacion en que yo me encuentro todas las apariencias están en contra mia, la tranquilidad de mi conciencia me dá el derecho de tener valor.

CAR. ¡Cuánto debe usted odiarme en este momento!

MAT. (*Indiferente.*) De todos modos él debe venir... y le perdono á V.

CAR. Admiro esa grandeza; y ese generoso perdon solo sirve para hacerme conocer mas y mas lo grave de mi falta.

MAT. No hablemos de lo pasado.

CAR. ¡Señora!

MAT. Usted entra en las primeras emociones de la vida con un alma ardiente, y por lo tanto debe usted probar mas de una vez sus amarguras.—Ahora bien, ¿Si yo le digese á usted que le amo? Dígame usted, Cárlos, cuánto tiempo podria esperar en la correspondencia de su amor?

CAR. (*Con animacion.*) Y por qué esa pregunta? Una hora, un siglo, qué importa? Me pregunta usted cuánto la amaria? Matilde, usted no es una muger de aquellas á las que se puede responder á esa pregunta con las conocidas protestas y vulgares juramentos. Yo daria por ser amado de usted....

MAT. (*Interrumpiéndole.*) No dudo que la promesa seria grande; pero usted no daria mas de lo que le pertenece; el instante. ¿Y seria sobre esa pasagera seguridad, la garantia que usted propondría á una muger por esponer su reposo, su virtud, el aprecio del mundo, y lo que es aun mas precioso, el aprecio de sí misma? jóven todavía aun no ha sentido usted los impulsos de la ambicion; cuando ella se dispierte en su alma de usted, el amor no ocupará entonces mas que un segundo lugar; y cuando eso sucediese ¿qué quedaria para la muger que todo lo habria sacrificado? lágrimas eternas, y el desprecio el dia que no fuese para usted mas que un compromiso del deber. ¡Ah! Créame usted Cárlos; la llama de esa pasion se estinguirá con la reflexion que inspira el pundonor y el deber.

CAR. (*Con emocion.*) Ah! Matilde, es usted un angel!
(Llaman á la puerta del foro.)

MAT. (*Con sobresalto.*) Mi esposo!... este es el momento terrible; ocúltese usted. (*Cárlos va á dirigirse á la cortina.*) No, allí, en mi gabinete.... Tal vez me ha perdido usted; pero... le perdono.... ¡Dios mio! tú me salvarás.

ESCENA IX.

Cárlos se oculta, Matilde se dirije á abrir la puerta del foro.

MAT. Quién llama?

EDUAR. (*Dentro*) Soy yo; Eduardo.

MAT. (*Abriendo*) ¡Ah!

EDUAR. (*Entrando.*) ¿Te he molestado?

MAT. No por cierto.

EDUAR. He creido que como el baile ha durado hasta hace poco, no te habrias acostado aun.

MAT. No, iba en este momento.

EDUAR. En ese caso tomaré en tu compañia el té, y entre tanto si quieres acompañarme, pasaré el tiempo refiriéndote una anécdota muy curiosa que he oido contar en nuestra reunion... y la titularemos el cuento de las babuchas.
(Durante esta escena le sirve el té que estaba en la chimenea.)

MAT. ¿Y quieres ahora....

EDUAR. Si, porque tú conoces á la heroina de la aventura, y como es amiga tuya, bueno será que sepas.... Empiezo pues la historia de las babuchas de la Sra. de Fernandez.

MAT. La Sra. de Fernandez! Emilia? esa jóven que ha sido la admiracion de Madrid por su gusto y elegancia como tambien por su virtud?

EDUAR. La misma; bien conoces el primor de sus manos en materia de bordados! Hace algun tiempo que Emilia tenia encima de su costurero un par de babuchas primorosamente bordadas; generalmente es una obra que no se acostumbra á hacer para sí mismo; siempre al emprenderse tiene por objeto el destinarla para regalar á uno de la familia, ó amigo muy íntimo.

MAT. Es verdad.

EDUAR. Pues, para algun pariente, ó para el marido que es lo mas comun: esto último fué lo que creyó el Sr. de Fernandez cuando vió á su esposa ocupada en bordar aquellas babuchas; sin embargo él no se dió por entendido con ella; solo sí cuidaba de examinar diariamente los progresos del bordado á hurtadillas de su esposa.

MAT. Prosigue.

EDUAR. Un dia en que como de costumbre iba Fernandez á ver la obra de su esposa, se encuentra con que las babuchas habian desaparecido de encima del velador. Bien, dijo; las habrá concluido y me reservará la sorpresa para el 1.º de Enero que son mis dias. Con esta idea, frotaba sus manos lleno de satisfaccion; el primero de Enero llegó, y las babuchas no parecieron. Se incomodó algun tanto, mas luego reflexionó y dijo para sí; «vamos aguardará al veinte y cuatro de Febrero dia de su cumpleaños:» el dia veinte y cuatro pasó como la Trinidad en la cancion del Mambrú y las babuchas con él. Entonces el disgusto rayó en desesperacion, porque él se habia prometido á sí mismo aquel obsequio... promesa que creo hizo mal en aventurar. ¿Es verdad?

MAT. Y en qué paró?

EDUAR. El Sr. de Fernandez tuvo por conveniente ocultar su disgusto. Sin embargo, estaba siempre de mal humor, inquieto, y cavilando acerca del paradero de sus bordadas babuchas, cuando hé aquí porque incidente se presentó el desenlace trájico de la aventura. Una de estas noches entra el Sr. de Fernandez en la habitacion de su esposa; al llegar cerca de la alcoba, divisa por debajo de la cortina y sobre la alfombra un objeto de color de rosa. Nuestro hombre, que es un poco corto de vista, se baja ó mejor dicho se precipita armado de su lente sobre dicho objeto y reconoce en él las suspiradas babuchas que su esposa se habia bordado para sí. Aquí entra lo patético del caso; Fernandez vá á levantar una de ellas, cuando repará á su lado una bota de charol, separa un poco la cortina y vé que aquella bota servia de base, á una pierna, á un frac... etc.

MAT. ¡Dios mio!

EDUAR. Todo aquello pertenecia á un almivarado mozalvete... Caballero, dijo enfurecido el Sr. de Fernandez... salga usted.

MAT- Algun ladron?

EDUAR. No, era un caballerito, elegantemente peinado y de rubia guedeja... Juzga del escándalo... el esposo fuera de sí solo dirige estas palabras á su muger que permanecia inmóvil y sin poder articular una frase. Señora! si cumpliendo con la ley de la costumbre y con nuestro deber, y no guiada solamente por el impulso del egoismo, me hubierais regalado á su debido tiempo esas babuchas, ni me habriais espuesto al ridículo, ni hubieseis autorizado esta separacion para siempre... A Dios; y salió sin pronunciar mas palabra.

MAT. Sin mas esplicaciones?

EDUAR. Para que las necesitaba?... no era bastante lo que acababa de ver?

MAT. No me atreveré á juzgar ni á condenar á ninguno de los dos, sí solo compadeceré á la pobre señora si fué culpada. Pero no creo que sea bastante razon para atraer el deshonor sobre ella el que un hombre estuviese escondido en su cuarto. ¿Bastan las apariencias para mancillar lo mas sagrado que tiene una muger, su reputacion?

EDUAR. Bien, no dudo que habrá algunas mugeres inocentes, á las cuales las apariencias las hayan hecho aparecer culpables. Sin embargo: ¿ponte tu por un momento en el lugar de aquel marido, y díme ¿cómo pensarias? qué partido tomarias en igual caso?

MAT. Si yo fuese hombre y creyese en la honradez y fidelidad de mi esposa, ¡ah! estoy segura que hu-

biese tenido el corazon bastante grande para creer firmemente en su palabra de honor, como la mas segura de todas las pruebas.

EDUAR. Esa es una paradoja que solo está permitida en tus labios, y que para apoyarla, solo tú puedes abusar de ella, porque tienes la certeza de saber que eres lo que mas amo en el mundo.

MAT. Mil gracias por tu galantería; pero estoy casi segura que en un caso igual no tendrias bastante fé en mi palabra...

EDUAR. Tal vez me juzgas mal.

MAT. Tu me has contado la historia de las babuchas, y eres de opinion que el esposo obró bien abandonando á la esposa sin oirla? Voy yo pues á ponerte un ejemplo, y quiero que me digas francamente tu opinion. Supongamos á un jóven enamorado de una muger casada; pero que ésta no ha dado motivo alguno para que el jóven alimente aquella pasion. Una noche la cabeza del jóven ecsaltada por sus ilusionarias ideas, le lanza á introducirse furtivamente en el gabinete de aquella muger. En el momento de quedarse ella sola y dirigirse á la alcoba, percibe que se mueve... una cortina, corre hácia ella, y el jóven se presenta á sus ojos.... Ahora bien? ¿Qué debia hacer aquella muger? qué conducta debia seguir?

EDUAR. Eso no se pregunta, poner al jóven en la puerta de la calle despues de haberle hecho comprender su mala é imprudente accion.

MAT. Muy bien; pero supongamos que la muger repuesta del susto, natural en el primer momento, emplea luego toda su imaginacion, toda su conviccion para dirigirle con el calor que acabas de hacerlo, los reproches dignos de su atrevimiento; que el marido que no sabe lo que pasa, llega de improviso, llama á la puerta: ¿qué hacer? La esposa entonces se vé obligada á referir el hecho! ¿Cómo debe tomar el marido este suceso, que no deja de aparecer á primera vista muy confuso, muy forzado, para creer á ciegas en él?

EDUAR. A decir verdad... es un lance... bastante comprometido... Si el marido es un hombre de corazon...

MAT, Tú que te precias de filósofo, y que has leido á Bocacio para estudiar en él el carácter de la muger, veamos, qué partido tomarias? ¿Qué crees tu que hubiese hecho Bocacio?

EDUAR. Difícil es asegurar lo que hubiese hecho; pero no dudo que un hecho igual le hubiera servido para un magnífico asunto de comedia... Mas yo no puedo admitir tu suposicion porque es falsa desde su principio.

MAT. ¿ Cómo?

EDUAR. Solo un ladron es el que se atreve á penetrar de noche dentro de una casa sin ser llamado; un amante no se arriesga á tal compromiso sin tener una seguridad.

MAT. Buscas la salida? todo puede ser, y yo defiendo que mi proposicion no tiene nada de inverosímil... Hé aquí á una muger en la mas crítica situacion del mundo, con aquel hombre dentro de su cuarto. Su inocencia de nada puede servirle, porque no creerán en su palabra, y todas las apariencias la acusan. ¿Cómo se salvará? Todo el valor que tiene lo ha de emplear para engañar á su marido, buscando medios que puedan facilitar la huida á aquel falso amante, como si fuera verdadero. Es preciso que encuentre un medio, porque de lo contrario está perdida. El marido no se atreve á creer en la palabra de su esposa por temor de ponerse en ridículo; y por lo tanto esta duda del esposo, obliga á la muger á engañarle una vez para salvar su honor. ¿Quién niega tampoco que al otro dia orgullosa de su victoria anterior, no le engañará de nuevo, y acaso entonces por una verdadera falta?

EDUAR. Veo que la aventura de la señora de Fernandez te ha afectado demasiado y que su defensa nos tendria aqui toda la noche... es ya tarde y voy á dejarte...

MAT. (Si se vá me quedo otra vez sola con él, y si permanece es mayor el peligro.) Tan tarde es?

EDUAR. Nunca es tarde estando á tu lado; pero estás tan filosófica...

MAT. Pues bien, no hablemos mas de ese suceso: por otra parte tu has tenido la culpa: ves como tu reunion me proporciona siempre disgustos?...

EDUAR. Por qué? allí no se hace mas que hablar de negocios, ó jugar al ecarté. Por cierto que antes de anoche... si, antes de anoche, fuí testigo de una singular apuesta entre el baron del Álamo y el capitan inglés James Wilson; no te la he contado?

MAT. (Ah! qué idea! esto pudiera salvarme.) Recuerdo que algo me dijiste, pero estaba medio dormida, y no pude entender el desenlace: si quisieras contarme...

EDUAR. Wilsson habia apostado que iria desde el Circo á la puerta de Toledo... cómo dirás?

MAT. *(Con sencillez estudiada)* A pié cojo?...

EDUAR. No.

MAT. Hácia atrás?

EDUAR. No lo aciertas... Wilsson se comprometia á hacer este paseo con los ojos tapados con un pañuelo, y con el ausilio de un baston en la mano.

MAT. Y por qué se verificó la apuesta de noche?

EDUAR. Por no tropezar con los carruages que transitan durante el dia.

MAT. Vaya una locura!

EDUAR. En algo se ha de pasar el tiempo.

MAT. ¿Y quién ganó la apuesta?

EDUAR. ¿Quién la habia de ganar? Wilsson, un jóven elegante, que tendré el gusto de presentarte un dia de estos.

MAT. Será sonámbulo!

EDUAR. No se necesita ser sonámbulo para ganar la apuesta: es mas fácil de lo que parece; yo he cojido el método de Wilson, y te aseguro que no presenta dificultad; atiende: se tapan primeramente los ojos con un pañuelo; se toma el baston y se emprende la marcha; teniendo, se entiende, mucho cuidado en el modo de colocar el pié en el

suelo, porque en eso está todo, se anda muy despacio; el baston se pone...

(Todo esto marcando los movimientos.)

MAL. Tu método será muy bueno y muy divertido, pero yo te ruego Eduardo que procures retirarte mas temprano, y me evitarás sospechas sobre tu fidelidad.

EDUAR. Sospechas muy infundadas; pero me complace el verte alguna vez celosilla.

MAT. Y si yo fuese celosa de qué me serviria? Tu puedes entrar y salir de casa cuando quieres y sin que yo lo sepa; tu tienes tu gabinete solo para tí, y en el que gozas de toda la libertad de un soltero. En el interior de la alcoba hay una puerta secreta que conduce á una escalera que tiene salida á la calle, y tu guardas en el bolsillo la llave de aquella. ¿Qué mas quieres? Pero yo te aseguro que la haré condenar el dia que tenga celos.

EDUAR. *(Tomándole la mano.)* Esta llave? la quieres? *(sacándola del bolsillo.)*

MAT. *(Con coquetería.)* Te mandarás hacer otra.

EDUAR ¿Y es esa toda la confianza que tienes de mi?

MAT. Y crees tu que debo fiarme?

EDUAR. Te doy mi palabra de honor. Toma la llave.

MAT. *(Con intencion marcada.)* El Sr. Fernandez despues de la aventura de las babuchas hubiera creido en la palabra de honor de su esposa?

(Coloca la llave encima de la chimenea.)

EDUAR. Otra vez las babuchas! aquí dejo la llave, y desde hoy en adelante siempre que entre en mi gabinete será por esa puerta. *(Señalando la segunda puerta de la derecha.)*

(Pausa.)

MAT. *(Con coquetería.)* Y volverás con la misma frecuencia á tu reunion?

EDUAR. Como gustes... digo á menos de que no haya otro partido tan original como el de la otra noche; yo puse tambien por Wilsson, y gané mil reales.

MAT. Merecerias haberlos perdido.

EDUAR. Era imposible perder; si te he dicho que no hay cosa mas fácil, no puede perderse, en teniendo cuidado en el modo de colocar el pié, en el juego del baston... y... en fin, si el mismo Wilsson me lo ha esplicado.

MAT. *(Con intencion)* Puesto que lo crees tan fácil, apostemos á que no vas desde esta sala al cuarto de mi *Toillete* que está al fin del gabinete.

EDUAR. Vaya un viaje... y tendrias mucho que perder?

MAT. Lo que tu quieras apostar... sea una comida de campo?

EDUAR. Sea.

MAT. Mira, encima de la mesita de *Toillete* encontrarás una pulsera de oro; veamos si la traes yendo á buscarla con los ojos tapados.

EDUAR. Siendo de noche porqué me los he de tapar?

MAT. Y la luz que entra por las ventanas? y la claridad que produce el reflejo de la luna?

EDUAR. Corriente; como quieras... anda, tápame los ojos.

MAT. No, no; me basta tu resolucion, y esto no pasaria de ser una niñada, que cualquiera que la viese...

EDUAR. Por qué? Enrique cuarto, fué sorprendido por un embajador cuando estaba tendido en el suelo sobre un tapiz jugando con sus niños, y no por eso se avergonzó el buen Rey. Con que, anda, tápame los ojos; así ensayaré el método de Wilson, para ver si su teórica es buena puesta en práctica.

MAT. (*Con coquetería.*) Te voy á ganar la comida!

EDUAR. Lo dudo.

MAT. Ea, dame tu pañuelo.

EDUAR. Ese mismo que llevas puesto en el cuello puede servir.

MAT. *(Arreglando el pañuelo.)* Bien, así...

EDUAR. No aprietes tanto.

MAT. Es que ves por debajo del pañuelo.

EDUAR. No veo, absolutamente.

MAT. No vale tocarlo en el camino.

EDUAR. Acompáñame, si dudas.

MAT. No, quiero probarte así hasta que punto tengo confianza en tu palabra.

EDUAR. Hace un momento que no pensabas lo mismo cuando lo de la llave.

MAT. (*Ap.*) (¿Sospechará...) (en vano procuro afectar tranquilidad: qué terrible situacion!

EDUAR. Qué haces?

MAT. Buscaba tu baston, aquí está, verémos como te has aprovechado de las lecciones. Atencion, abro la puerta del gabinete. (Dios mio protégeme.) Ahora adentro.

(Cuando Matilde abre la puerta de la habitacion en donde estaba Cárlos oculto, este sale muy despacio dejando paso á Eduardo.)

ESCENA X.

(MATILDE corre precipitadamente á cojer la llave y una palmatoria de encima de la chimenea.

CAR. Creí morir cuando...

MAT. Ni una palabra: habrá usted oido cuanto aquí ha pasado! atraviese usted esa sala, despues la alcoba, encontrará usted una puertecita á la derecha, que conduce á una escalera que dá á la calle: la llave de la puerta aquí está, tómela usted.

CAR. Señora, mi gratitud...

MAT. Cárlos, si tiene usted talento, comprenderá á lo que me ha espuesto el esceso de su imprudencia.

CAR. Ah! Matilde, mi gratitud... (*Con emocion.*)

(Vá á besarle la mano, pero una mirada de dignidad y una señal indicándole la puerta de la salida le detiene; saluda respetuosamente y váse.

MAT. Don Cárlos!... alli está la puerta. (*Bajando á la escena.*) Gracias, Dios mio! gracias! nunca desamparas á la virtud.

ESCENA XI.

(Eduardo al llegar á la escena se quita el pañuelo que le cubria los ojos.)

EDUAR. Ay! qué hermosa es la vista! y sobre todo para un marido.

MAT. Estás ya de vuelta? ¿Traes la pulsera?

EDUAR. Qué he de traer! El diablo se la habrá llevado. he tocado cuantos chismes habia encima de la mesita y puedo jurar que no está allí: y este el motivo porque he tardado en volver; cá! por mas que he revuelto...

MAT. Ya me habrás roto algo!

EDUAR. No diré que no... pero... y esta pulsera?

(Al dejar el pañuelo encima de la chimenea repara en la pulsera.)

MAT. (*Finjiendo no saberlo.*) Ay Dios mio... Si estaba encima de la chimenea!... Eduardo, si yo hubiese sabido... puedes creer que no te hubiera hecho buscar inútilmente.

EDUAR. Y me hubieras librado de algun chichon... pero, en fin, poco importa. El caso es que yo he ganado la comida de campo.

MAT. Ya veo que sí, porque aun cuando no me has traido el objeto indicado, no ha sido tuya la culpa, tu has llegado al sitio.

EDUAR. Desengàñate Matilde; el método de Wilsson no podia fallar, y es tan seguro, que estoy por apostar á que veo con los ojos tapados mas que tú con los tuyos bien abiertos.

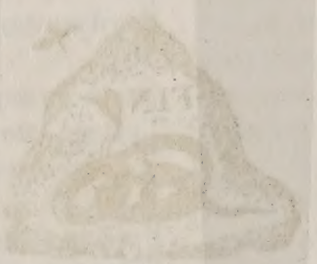
MAT. (*Con mucha intencion.*) Podrá ser... pero... ahora... lo dudo...

EDUAR. Cuando yo lo digo, si lo sabré!

MAT. En fin, podrá ser... pero... no lo creo... y sinó... que lo digan los señores. (*Al público.*)

LIBRERIA
de la Viuda é hijos de
MAYOL.
Calle de Fernando, N° 29.
BARCELONA.

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill



https://archive.org/details/modelodeesposasj00garc